

Y lapidarla, al fin, quisieron viles;
mas, como Dios es grande y siempre bueno,
por más que las buscaron cual reptiles,
ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos dijo Paz:—Contempla, Honorio,
¡cómo Dios, en su gracia inagotable,
no trajo ni una piedra al purgatorio
para arrojar á la mujer culpable!—

ESCENA XXXIII

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(TERCERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—PAULA MEJÍA

ARGUMENTO.—Hallan á las Faustinas, á Julia, á Lucrecia Borgia y á Juana de Nápoles. Pregunta Honorio su nombre á Paula Mejía, á ésta le cuenta que, sorprendida un día, el marido obligó al amante á que pagase sus favores con un escudo, el cual, después de horadado, le colgó su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento
por sitios sin color, de luz escasos,
de una tierra arcillosa el pavimento
el ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza ser alguno, sin que enferme,
de sus marismas la región desierta;
y el triste que en sus páramos se duerme,
con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar á la pútrida hondonada
de una rambla arenisca y pantanosa,
donde crecen la palma enamorada
y la adelfa risueña y alevosa,

hallan mujeres de ojos centellantes,
bocas grandes y espesas cabelleras,
con labios rojos, gruesos, palpitantes,
altas de pechos y anchas de caderas;

y ven que allí, donde purgar se siente
del satisfecho amor la horrible plaga,
corre impregnado el bochornoso ambiente
de un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmín, cárdeno el cuello,
marchando las impuras Faústinas,
los rostros enlodados, y el cabello
cual monstruos de cavernas submarinas,

mueven aún, con presunción de hermosas,
los ojos ya apagados y sombríos,
y al verlas todavía deseosas,
en vez de ardor, se sienten calofríos.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,
de fango llena, la imperial figura;
si hoy triste, descarnada y macilenta,
radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, aun bebe ansiosa
el dejo de sus lúbricos amores,
porque es sólo una planta venenosa,
cuando ha dado el placer todas sus flores.

Tras de ese amor, que en el placer empieza,
y acaba en el desprecio y el hastío,
no faltó á su vejez ni una bajeza,
ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frío.

Aunque á muchos después, por el semblante,
Paz y Honorio, pasando, conocían,
de ofrecerles el bálsamo irritante
de consuelos vulgares se abstenían.

Vil como ella, á la Borgia sanguinaria
la muerte le infiltraba en el aliento,
invisible Locusta, una malaria,
que el veneno esparcía por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos
huye Juana de Nápoles, hastiada...
No vi jamás en ojos más hermosos,
más audaz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,
llorando á solas ven una belleza
en el sitio peor de un territorio
donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y—¿Quién eres?—preguntan á la dama,
que en el lugar del astro más obscuro
brillaba, cual la flor sobre una rama
que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Ella al sentir colgada por delante
una moneda taladrada al cuello,
procurando ocultarla, en su semblante
del más negro pesar llevaba el sello.

PAULA MEJÍA

—Fuí por mi esposo sorprendida, un día
que mis deberes olvidé de esposa—
respondió á Paz, al fin, Paula Mejía,
encendida su faz como una rosa.

»—Págala bien—de palidez cubierto,
el marido cruel dijo al amante,
en cuyos brazos ¡ay! debí haber muerto,
ciega de amor, perdida y palpitante.

»—Ó al punto—continuó con rabia fiera—
te parto el corazón con esta daga,
ó un escudo la das, de igual manera
que á una mozuela de cuartel se paga.—

»¡Ay! el amante obedeció al marido;
aquél, infame, y éste, rencoroso,
así, no muerta, deshonrada he sido
entre un amante vil y un fiero esposo.

»Y después el marido deshonrado,
con un frío rencor, que aun me horripila,
de una cinta, el escudo taladrado,
á mi cuello colgó como una esquila.»

Y Paz echó de ver que, esto diciendo,
el escudo fatal Paula ocultaba;
y á la pobre mujer compadeciendo,
lloró también, al verla que lloraba.

—¿Por qué no me mató piadosamente,
de aquel amante vil entre los brazos?—
gritaba en ese estado en que la frente
hacerse quiere, al parecer, pedazos.

Calla; su rostro con las manos tapa,
y así de nuevo á sollozar comienza,
y un llanto por entre ellas se le escapa,
de rabia, de terror y de vergüenza.

Después de andar de un lado al otro lado,
se paró, miró al cielo, abrió la boca,
aspiró el aire, y luego de aspirado,
gritó y se echó á reír: ¡estaba loca!

Y en la rabia y la pena que sentía,
unas veces riendo, otras llorando,
á solas se quedó Paula Mejía
una voz sin palabras murmurando.

ESCENA XXXIV

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(CUARTA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—TERESINA DE LA PEÑA

ARGUMENTO.—Siguiendo su viaje por el astro putrefacto, encuentran á las coquetas y después á Cleopatra guiando á varias mujeres.—Ve Honorio á Teresina de la Peña, la amante de un amigo suyo, y ésta le cuenta cómo el deseo de venganza la precipitó en el crimen.

Los devotos de Venus y Cupido,
después de una existencia divertida,
respirando aquel aire corrompido,
beben la muerte en lo que da la vida.

De polen impregnados, los ambientes
van cargados de lúbricos vapores;
á sus pies se deslizan las serpientes,
y la fiebre se oculta entre las flores.

Las aguas estancadas agitando
de los pútridos charcos, se desatan
unos vientos que, tibios revolando,
enferman tanto allí, que casi matan.

Imitando en su cuerpo, que cimbrea,
con gesto blando y corazón de acero,
la cintura de Venus Citerea,
que hizo perder el juicio al mundo entero,

y juntando á la gracia de su talle
la eterna risa que á su labio asoma,
las coquetas hallaron en un valle
de flores sin color y sin aroma.

Inútiles deseos excitando,
cuerpos nobles con almas corrompidas,
fingen amor por vanidad, ansiando
más bien ser admiradas que queridas.

¿Por qué, injustos los cielos, no han querido
ó darles sentimiento ó continencia
á esos pérfidos seres, que han sabido
guardar la castidad sin la inocencia?

¡Bien haya el fuego eterno, si os alcanza
á las que á tantos, con glacial falsía,
llevasteis, de esperanza en esperanza,
engañados un día y otro día!

¡Cuántos por ellas, con verdad se mueren,
y las comedias de virtud adoran
de esas falsas que lloran cuando quieren,
y mienten además siempre que lloran!

Lo mismo allí que aquí, marchando arteras
por caminos sin luz, cual los reptiles,
las ven hasta con asco las rameras,
nobles almas tal vez en cuerpos viles.

Bella y gentil, tras de mujeres tales,
la reina Cleopatra resplandece,
ostentando en su rostro las señales
del placer no escaseado, que embrutece.

Un áspid la mató; mas se asegura
que, hiriendo el áspid, la mató el despecho,
pues cuentan que su sangre era tan pura,
que el áspid reventó sobre su pecho.

Perdida el alma, ajada la materia,
menos que ella tal vez, siguen livianas,
las hijas de la infamia y la miseria,
madres del vicio y de la peste hermanas.

Confunden con bostezos sus gemidos,
sintiendo la embriaguez de la fatiga,
porque Dios, del amor de los sentidos,
hastiándonos de goces nos castiga.

Hallando á una mujer viva y pequeña,
de vida no muy buena, y mala fama,
—¡La pobre Teresina de la Peña!...—
con ternura y dolor Honorio exclama.

TERESINA DE LA PEÑA

—¿Sois...?—fué á decirle; y rápida y concisa,
—La misma soy—le interrumpió la sombra;
y él hablando despacio, ella de prisa,
ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

--Hasta el crimen por él precipitada...—
la triste joven á decir comienza:
y al decir *él*, por la emoción turbada,
se puso colorada de vergüenza.

—La virtud aprendiendo de corrida
—siguió, de rabia y sentimiento roja,—
después de abierto el libro de la vida,
lo he leído hasta el fin hoja por hoja.

»Como el camino abandoné derecho,
porque á otra se entregó, de celos llena
yo, después, por vengarme, en mi despecho,
—La vida corta—dije,—pero buena.—

»Ciega en mi rabia, y en mis goces fría,
marchita ya de mi virtud la palma,
sin hallar el amor que á él le tenía,
al placer me entregué con toda el alma.

»Aunque doté de artificial ventura,
tejiendo el hilo del placer, á tantos,
el tierno amor sobre mi vida impura
ni una vez ha arrojado sus encantos.

»Y es que, á pesar de mi cruel despecho,
mi ardiente corazón sólo á él quería,
y siendo para él, aun en mi pecho
la fuente del candor renacería.

»¡Perdida ya una vez, aunque demente,
me lancé á una feroz incontinencia,
no hallé dicha ni paz, pues solamente
nos consuela de todo la inocencia!»—

Y mordiendo algo, en sueños, con la boca,
batiendo con los puños las rodillas,
una especie sintió de rabia loca,
que hizo llegar la sangre á sus mejillas.

Después hacia el tropel de innoble fama
corriendo la mujer viva y pequeña,
con ternura y dolor Honorio exclama:
—¡La pobre Teresina de la Peña!...—

Y—¡Adiós!—la dice; y rápida y concisa,
—¡Adiós, adiós!—le respondió la sombra;
y él hablando despacio, ella de prisa,
ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

Y añade Honorio con viril coraje:
—¡A cuántas, como á ti, traen los celos
á este astro de fatal libertinaje,
pudridero maldito de los cielos!—

ESCENA XXXV

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(QUINTA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS MARQUESES DE VALVERDE

ARGUMENTO.—Acabando de recorrer el astro putrefacto, se encuentran otros viciosos; y después de ver pasar á las Celestinas, cierto hombrecillo les cuenta que un marqués de Valverde, para castigar la desenvoltura de su mujer, hizo colocar el retrato de ella, con el vestido remangado, en el frontispicio de su casa.—Exclamaciones de Paz y Honorio al abandonar el astro donde purgan los impuros sus pecados.

Cruzando aquella tierra corrompida,
siguen hallando los perdidos seres
que creen que Dios les concedió la vida
para agotar en ella los placeres.

Sobre sus tardos miembros, cuyos bríos
agotaron los reumas y los años,
resbaladizos, húmedos y fríos,
ven con pena correr bichos extraños,

los audaces, que llevan en la frente
la expresión de los goces violentos,
y que impuros revuelven en la mente
toda suerte de inmundos pensamientos.

Y ven á los que, en falso enamorados,
convirtiendo el deseo en un suplicio,
de su inútil amor desesperados,
no sintiendo pasión, sueñan el vicio.

Van en pos de ellos, en tropel impuro,
en demencias de goces delirando,
hasta el tierno respeto, el amor puro,
con sus necios caprichos deshonrando,

los Catones, Adrianos y Alcibiades
que apurando el deseo hasta las heces,
en sus gustos, banquetes y amistades,
hace el desorden del placer las veces.

Mercurios sin honor, raza maldita,
á quien mi lengua por pudor no nombra,
pues con su aliento la virtud marchita,
como el árbol que mata con su sombra.

Siguen detrás las que al amor brindaron
con la copa que encanta y que envenena;
traficantes de amor, que comerciaron
por cuenta propia y con delicia ajena.

De pronto, de entre un corro de mujeres
saliendo un hombre ruin que causa hastío,
y un grupo señalando de tres seres,
que de verlos no más se siente frío,

cuenta de ellos la historia vergonzosa
mirando, mientras habla, al matrimonio,
con ojeadas de sátiro á la esposa,
y al hombre con sonrisa de demonio.

LOS MARQUESES DE VALVERDE

—Se alzó en Valladolid un edificio,
de Fabio Nelli en la plazuela un día,
y desnudo en el ancho frontispicio,
el cuerpo de la dueña se veía.

»Creyó, haciendo la impúdica escultura,
este Marqués celoso y delirante,
vil castigar la vil desenvoltura
de esa adúltera esposa y del amante.

»Ciego, al llenar á su mujer de lodo,
no ve el Marqués que su deshonra sella,
publicando el imbécil de este modo,
la infamia de él y la vergüenza de ella.

»Y ¿qué diréis del escultor impío?
No supo, al retratarla, el miserable,
que si el mundo perdona un extravío
siempre es con la bajeza inexorable.

»Este fué el escultor que hizo el retrato,
ese el marido fué, la mujer esa:
¿cuál tuvo de los tres menos recato,
el artista, el Marqués ó la Marquesa?»—

Corriendo uno detrás y otro delante,
sigue el marido á la mujer perjura,
y detrás de los dos marcha jadeante,
cargado el escultor con la escultura.

Y—¡Malvado!—al Marqués, ya arrepentido,
dice el artista, de furor cegado;
—¡Malvada!—á la mujer grita el marido,
y le responde la mujer:—¡Malvado!—

Y el esposo á la esposa por la falda
la agarra airado, cuando huir procura,
mientras, fiero, al marido por la espalda,
le pega el escultor con la escultura.

Y deshonrando al grupo sin decoro,
mientras la infame procesión seguía,
se deshonra también, silbando á coro,
un pueblo más infame todavía.

El putrefacto sol por fin dejando,
arrebata Paz de un santo celo,
—¡Dichosos—exclamó, la vista alzando,—
los que aman sólo lo que aprueba el cielo!—

Y al dejar aquel astro maldecido,
estas frases sobre él Honorio lanza:
—¡Cuán infelices son, pues no han sentido
la dicha del amor sin esperanza!

»¡Nunca el sol con sus rayos esplendentes,
astro de maldición, tu fango dore!
¡Dios quiera, abrevadero de serpientes,
que un diluvio de rayos te evapore!»—

ESCENA XXXVI

LAS ALMAS EN PENA

LUGAR DE LA ESCENA: *De los cielos á la tierra*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—SOLEDAD.—PAZ.—HONORIO.
PALACIANO.—LAS ALMAS EN PENA

ARGUMENTO.—Hallan en los espacios las almas en pena del mundo extinguido, que, guiadas por Palaciano, buscan en vano la tierra, adonde deben ir á acabar las vidas comenzadas, así como muchas almas del globo terráqueo van á algunos astros á purgar sus pecados. Palaciano, al pasar, las guía hacia donde está su madre. Encuentro de Paz, de Soledad, de Honorio y de Palaciano.—Nueva aparición y exhortación de Jesús el Mago.—Viendo Soledad que las almas vacilaban sobre el camino que debían seguir, arroja delante de Palaciano un puñado de luz, que sirve á las almas de guía. Al separarse, suspiran los cuatro, cuyos suspiros, confundidos, servirán, andando el tiempo, para la creación de otro mundo.

Son tan inmensos los humanos duelos,
que hasta en el éter, con mortal quebranto,
más allá de los cielos de los cielos,
siempre ojos se han de hallar que bañe el llanto.

Ya vimos con dolor de qué manera
aquel rebaño de almas que antes iba
siguiendo á Palaciano, cual si fuera
guiado por una hada compasiva.

para acabar la vida comenzada,
el mundo van buscando, y anhelantes,
sin encontrar la tierra deseada,
de un sol á otro sol vagan errantes.

Con Paz y Honorio, Soledad, inquieta,
ve la miriada de almas, que, perdida,
muriendo antes de tiempo en su planeta,
va hacia la tierra á concluir la vida.

El intenso dolor de la locura
la grande turba de las almas siente,
y da vueltas y vueltas y murmura
como un mar que susurra eternamente.

Ya imitan, cuando en grupos se adelantan
por la vaga extensión del firmamento,
el monótono ruido que levantan
los árboles movidos por el viento;

ya á nubes de follajes se parecen,
que un deshecho huracán mueve con ruido;
ya á tórtolas pajizas, que se mecen,
piando en la enramada en que han nacido.

Con la inmensa atracción de un pecho que ama,
hacia Paz los conduce Palaciano,
como las aves que el Bracmita llama
á comer cariñosas á su mano.

Y á Paz y á Honorio, circulando errantes,
las tristes almas con amor rodean;
y cual pájaros giran, que, anhelantes,
en torno de un festín revolotean.

Aquél con altivez, éste sumiso,
al hallarse un hermano y otro hermano,
se ven ante su madre de improviso
Honorio en pie, de hijos Palaciano.

Ya juntos, de su madre en la presencia,
Honorio y Palaciano, aunque sin ira,
están con la glacial indiferencia
del que ve más allá de lo que mira.

Como un grupo de luz, entre ellos cae
Jesús de pronto, y prorrumpió:—¡Victoria!
¡Consagremos al Dios que aquí nos trae,
amor, respeto, bendición y gloria!—

Escucha alegre Paz aquel acento,
que del espacio en el azul retumba,
y mientras oye Palaciano atento,
tan mudo Honorio está como una tumba.

—¡Salud!—siguió Jesús—á aquel que guía
por buen camino á la perdida gente,
aunque ha olvidado un día, un solo día,
que es posible obrar mal, siendo inocente.

»¡Esperad y sufrid! y cuando os halle
tocados por la fe, que á Dios le pido,
os llamaré de Josafat al valle,
y en tanto no olvidéis que no os olvido.

»Seguid sufriendo, y en el nombre santo
de Cristo, nuestro Dios, tended el vuelo;
la Caridad os guíe, y entretanto
os bendigo en la tierra y en el cielo.»—

Hallándose unos de otros frente á frente,
estas palabras de Jesús oyendo,
suspiraron los cuatro tristemente,
los ojos, con el alma, á Dios volviendo.

Y en mutuo adiós, tendiéndose la mano,
cada cual al partir de nuevo gime;
altivo Honorio, débil Palaciano,
Paz cariñosa, y Soledad sublime.

Las almas, esparcidas ó agrupadas,
se revuelven cual pálidas neblinas,
como andan por la atmósfera, á bandadas,
en octubre, al partir, las golondrinas.

Al verlas vacilar, siempre amorosa,
sonrió Soledad, tendió su mano,
un puñado de luz cogió, y piadosa,
delante lo arrojó de Palaciano.

Y por el cielo azul después cayendo
la luz como si fuera un aerolito,
delante de las almas fué midiando
con un hilo sutil el infinito.

Y es que el globo de llama, al desprenderse,
cual ovillo de luz se deshacía,
y á las almas en pena, al deshacerse,
el hilo iba sirviéndoles de guía.

Enternecida Paz, mirando al hijo
que á las almas guiaba, en su embeleso,
—¡Adiós! ¡adiós!—á Palaciano dijo,
dándole, amante, en cada adiós un beso.

Suspendiendo las almas sus congojas,
volaron hacia el mundo á toda prisa,
ya sueltas, ya en montón, como las hojas
que se esparcén llevadas por la brisa.

Por gracia de Jesús, cuando gimieron,
juntos los ayes, en revuelto giro,
se acercaron, se unieron, y se hicieron
de los cuatro suspiros un suspiro.

Y en uno todos con amor mezclados,
les bendijo Jesús á su partida,
por que fuesen, un día condensados,
de un mundo que será, germen de vida.

Y así corriendo, y entañando unidos
la fe, la duda, la bondad, los celos,
cruzaron desde entonces confundidos,
como una tromba de pasión, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,
por si errante algún alma se perdía,
un punto con el dedo señalando,
—¡Por allí!...—con el gesto les decía.

Del coro de las almas vagabundo,
con perfecta humildad, con fe cristiana,
cada cual baja á ser acá en el mundo
una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz, despavoridas
á las almas en pena allá á lo lejos,
que aun cruzan el espacio confundidas
entre tenues y pálidos reflejos;

y que conforme de los cielos huyen,
por el vapor que los espacios puebla
se deslizan sutiles, como fluyen
los rayos de la luz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,
buscan las almas su postrer calvario,
y van, por Palaciano conducidas,
de la tierra al infierno temporario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Parte Jesús; el cielo está sombrío:
siguen las almas su camino incierto:
se alejan Paz y Honorio, y el vacío
hasta de sombras se quedó desierto.

JORNADA SÉPTIMA

ESCENA XXXVII

EL PECADO DE LA ENVIDIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisiaco*

PERSONAJES; PAZ.—HONORIO.—LEONOR DE NAVARRA

ARGUMENTO.—Llegan Paz y Honorio á un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar á los maldicientes y á los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos á Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató á su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra.—Después Honorio ve la imagen de su hermano, á quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,
corren, sintiendo duelos sobre duelos,
los astros de los vicios capitales,
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,
en su calvario sideral pasaron,
los grupos de unas islas misteriosas
de un celeste archipiélago encontraron,

y en una de ellas con sorpresa miran
un claro edén, en derredor sombrío,
y en medio de un infierno, un cielo admiran,
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado
de las áridas gredas de un desierto,
y fuera del oasis encantado,
parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,
no envidiosa jamás, siempre envidiada;
con su eterna verdura, parecía
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones
descansaban en paz, sin ansia alguna,
pues brillaban en él todos los dones
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado
mirando el astro en derredor, se advierte
un árido país, tan desolado
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;
dentro, el amor y el religioso anhelo:
para castigo, el que envidioso admira,
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,
aparta de él las envidiosas gentes
un cercado de cactus, que, terrible,
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

y en torno, cual si fuesen rencorosos
vampiros, por sus tumbas vomitados,
contemplan el edén, los envidiosos,
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente
maldice el bien ajeno hasta el delirio:
se envidia todo allí; tan solamente
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,
con ojos de rencor, que baña el llanto,
se entregan rencorosos, por afuera,
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,
al herir á traición, sienten con ira
la bárbara alegría del pirata
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,
á fuerza de esperar, se desesperan,
y que pasan la vida contemplando
cuánto tardan los muertos que se esperan,

llevando del rencor los atributos,
los ojos sin candor, verde la cara,
van, por la envidia, pálidos y enjutos,
Sila, César, Caín y Trastámara.

También, furiosa, en recorrer se afana
de aquel edén por la región externa,
la que ha dado, envidiosa de su hermana,
por un mes de reinar, la vida eterna.